

TESTIMONIO

María Isabel Lara Millapan

Pontificia Universidad Católica de Chile/Centro de Estudios
Interculturales e Indígenas CIIR, Villarrica/Santiago, Chile
mlaraa@uc.cl

Poesía es el idioma de la tierra de mis abuelos, es el *Trayenko* (vertiente) donde crecen los *lawen* (plantas medicinales), es el recuerdo de mi infancia a orillas del fogón encendido, escuchando el canto de los *ngakiñ*. Estas imágenes se quedaron plasmadas en mí y, cuando estuve lejos, comencé a escribir.

Nací en el Lof Chüwüdpüllu, cuyo significado es espíritu en remolino, “Chihuiimpilli” le llamaron después, castellanizado. Hacia el este del pueblo de Quepe, en *Wallmapu*, nombre que damos a nuestro territorio. Aquí aprendí mi lengua, el mapudungun, y me enseñaron los códigos y los tiempos de nuestra filosofía de vida como mapuche.

Escribo cuando dialogo con el silencio, con la tierra y con el tiempo, porque ambos me permiten estar en mi *püllü* (espíritu). El tiempo en mi cultura es diferente al tiempo que conozco en la cultura occidental. En mi tiempo puedo dialogar con la tierra, con el agua, con el viento, con los pájaros, porque esta naturaleza es perfecta, es ordenada y es libre.

Escribo en mi lengua, el mapudungun, y muchas veces llevo estos versos al español, lamentando que son pocos quienes lo entenderían si solo los dejara en mi lengua materna, pero confiando en que el mapudungun volverá y no solo en la oralidad, sino también como lengua escrita y de lectura, traspasando las barreras de la asimilación lingüística que ha sufrido nuestro idioma.

En la interpretación que realizo del mapudungun hacia el español, busco resguardar la belleza de las palabras y la esencia del mensaje poético, este un tanto más complejo, no solo por la lengua y sus códigos, sino también por la necesidad de conocer el contexto desde donde se escriben los poemas,

para ser comprendidos. Muchas veces es necesario deconstruir las imágenes instaladas culturalmente hacia nuestro pueblo.

La mayor parte de mis creaciones tienen como fuente de inspiración la espiritualidad mapuche, en especial mis primeros poemas. Pero así también he escrito poemas de denuncia, respondiendo a toda nuestra situación histórica, social y política que nos convoca día a día.

Citaré algunos ejemplos de mis creaciones y explicaré su mensaje. De mi libro *Puliwen ñi pewma* (“Sueños de un amanecer”) (2002):

Feypipeyu ñuke,
 Kollküda pewmapen
 Metaküpalniepefin,
 Feypipeyu tañi pire pewmapel,
 Trür inaltu foye,
 Eymi, tami metawe ko mew ayiwelen.
 Witrampürange tami dungu
 Tami püllü ta ülkantuli
 Feytachi puliwen
 Tami dungu mew küpali pülef mawün
 Tami kallfu mütülongko mew.

Te he contado madre
 Que he soñado con copihues
 Te he dicho que he soñado con la nieve
 Juntas al lado del canelo,
 Tú, con tu cántaro de agua me sonríes.
 Alza tus voces,
 Es tu alma la que canta esta mañana
 Viene la llovizna con tu palabra,
 Sobre tu paño azul.

Este es uno de mis primeros poemas, tiene conexión con los *pewma* (sueños), que en nuestra cultura ocupan un lugar relevante para nuestros aprendizajes, nos entregan mensajes y orientaciones para vivir más equilibrados. Luego hablo del *llepipun*, que corresponde a nuestras rogativas, las que invocamos cada amanecer. En este poema, me refiero al *llepipun* de mi ñuke, con el agua y con su pañuelo azul.

De mi libro *Trekan Antü* (2018) tengo otro ejemplo de la poesía que evoca lo espiritual, donde me refiero a la muerte como la trascendencia de la vida. El *püllü* (espíritu) que es encaminado al viaje hacia otra dimensión de la vida, donde seguirá viviendo y haciendo su mismo destino. El poema “Kecha tregülfe”, lo escribo contemplando el *Amul püllü* rogativa que una *papay* (mujer mapuche mayor) hace a su marido al momento de despedirlo de este plano. Él tenía un rol en el *Nguillatun* de nuestro *Lof* (territorio), dirigía la danza de los *choike* (danzantes) y, en su despedida, solo danzan tres y no cuatro como es lo habitual, pues el otro *choike* viaja junto a él hacia *Wenu Mapu* (la tierra de arriba).

Kecha tregülfe,
 Te llevaron a danzar con los tregül de la tierra de arriba,
 Tu compañera encaminó tu alma
 Y pidió a la tierra de arriba que se elevara tu espíritu,
 Te dejó tu sombrero, tu manta, un cántaro de agua y un pañuelo azul,
 Mientras un choike danzó solo, cuatro veces en tu orilla
 El choike danzó solo, porque el otro choike ya partió contigo,
 Kecha tregülfe, estás danzando, con los tregül de la tierra de arriba

Nace de mi espíritu escribir sobre lo que hay menos escrito y hablar de lo que poco escucho decir y que hace tanta falta. Observo los tiempos de los *pewma*, de los *küymi* (trances) o del *llepun* y contemplo esos otros planos que van allá de esta vida cotidiana, que va tan de prisa, como si fuese eterna. Me entristece ver que por motivos de un sistema, de las construcciones sociales, o de tantas opciones de las que no podemos escapar, nos dejen sin tiempo. Sin tiempo para apreciar lo verdaderamente cierto. Aun así, agradezco que todavía me pertenezcan los sueños y las palabras para decir lo que pienso.

Con algunas de mis creaciones también denuncié la negación, la asimilación cultural y lingüística de mi pueblo y menciono las razones de la resistencia, de la consigna y de las imágenes:

Cuando nos cambiaron los nombres,
 Teníamos nombres de aves, de animales y de piedras,
 Nombres de árboles y de flores
 Del territorio donde nacimos,
 Teníamos nombres de agua, de barro y de nieve
 Los mismos nombres de los abuelos

Se quedaban heredados en sus hijos y en sus nietos,
Vamos a preguntar, por el nombre que nos pertenece.

Con este poema denuncio la negación de nuestros apellidos, antiguos nombres, herencias de un territorio fértil, con naturaleza libre, de árboles hermanados, con animales y aves, donde nuestros abuelos y abuelas sostenían su *Tuwiin* (identidad) para reconocerse.

Esta poesía que voy dejando es para escribir nuestra historia y nuestro idioma. A veces siento que son voces antiguas, porque somos una cultura milenaria, con un mundo cíclico, siempre estamos regresando. Mis abuelos y abuelas resguardaron las palabras de sus abuelos, yo las recibí y ahora asumo el rol de sembrarlas nuevamente en otras generaciones.

Acabo de escribir un poema al *Takun antü* o *Lan antü*, como decía mi tía abuela Juanita, al eclipse de sol, relatándome cómo ella junto a su madre, hacían *llellipun* (rogativa), cuando de repente se oscureció en pleno día. Entre mis versos reflejo algunos de aquellos consejos:

Y cuando sea fuego y noche
Tráeme mis ruegos, trae mi silencio
Tráeme semillas y agua de vertiente
Cubriré de azul mi rostro
Ya le avisé en sueños
A mis hijos e hijas
Que no capturen mi espíritu
Si desean que vuelva a amanecer.